

Domingo XXXI del Tiempo Ordinario (ciclo A)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA** (www.bibliadenavarra.blogspot.com)
- **SAN JUAN CRISÓSTOMO** (www.iveargentina.org)
- **FRANCISCO – Homilías en Santa Marta (18.III.2014 y 3.III.2015)**
- **BENEDICTO XVI – Ángelus (30.X.2011)**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA** (www.cantalamessa.org)
- **FLUVIUM** (www.fluvium.org)
- **PALABRA Y VIDA** (www.palabrayvida.com.ar)
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ** (www.almudi.org)
 - **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
 - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
 - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS** (www.hablarcondios.org)
- **Rev. D. Joan Carles MONTSERRAT i Pulido (Barcelona)** (www.evangelinet.net)

DEL MISAL MENSUAL

LOS MALOS MAESTROS

Mal 1, 14-2, 8-10; 1 Tes 2, 7-9. 13; Mt 23, 1-12

La denuncia del profeta Malaquías va dirigida directamente a los sacerdotes que realizaban una pésima interpretación de la alianza; en vez de aprovecharla para promover la vida y la paz entre los hijos de Israel, los sacerdotes denunciados por Malaquías, extrañan interpretaciones parciales para favorecer a los influyentes. En la severa denuncia que dirige el Señor Jesús contra los escribas y fariseos, exhibe su búsqueda desmedida de honor y reconocimiento público. Gustaban de recibir títulos que solamente correspondían a Dios. Imponían obligaciones muy duras sobre la conciencia de las personas, mientras que ellos, se desentendían de cumplirlas. Tales dirigentes habían desfigurado la verdadera finalidad de su cargo, que no era otra que servir ejemplarmente a sus hermanos.

ANTÍFONA DE ENTRADA Cfr. Sal 37. 22-23

No me abandones, Señor, Dios mío, no te alejes de mí. Ven de prisa a socorrerme, Señor mío, mi salvador.

ORACIÓN COLECTA

Dios omnipotente y misericordioso, a cuya gracia se debe el que tus fieles puedan servirte digna y laudablemente, concédenos caminar sin tropiezos hacia los bienes que nos tienes prometidos. Por nuestro Señor Jesucristo...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Ustedes se apartaron del camino y han hecho tropezar a muchos.

Del libro del profeta Malaquías: 1,14-2, 2.8-10

“Yo soy el rey soberano, dice el Señor de los ejércitos; mi nombre es temible entre las naciones. Ahora les voy a dar a ustedes, sacerdotes, estas advertencias: Si no me escuchan y si no se proponen de corazón dar gloria a mi nombre, yo mandaré contra ustedes la maldición”.

Esto dice el Señor de los ejércitos: “Ustedes se han apartado del camino, han hecho tropezar a muchos en la ley; han anulado la alianza que hice con la tribu sacerdotal de Leví. Por eso yo los hago despreciables y viles ante todo el pueblo, pues no han seguido mi camino y han aplicado la ley con parcialidad”.

¿Acaso no tenemos todos un mismo Padre? ¿No nos ha creado un mismo Dios? ¿Por qué, pues, nos traicionamos entre hermanos, profanando así la alianza de nuestros padres?

Palabra de Dios. *Te alabamos, Señor.*

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 130, 1. 2. 3.

R/. Señor, consérvame en tu paz.

Señor, mi corazón no es ambicioso ni mis ojos soberbios; grandezas que superen mis alcances no pretendo. **R/.**

Estoy, Señor, por lo contrario, tranquilo y en silencio, como niño recién amamantado en los brazos maternos. **R/.**

Que igual en el Señor esperen los hijos de Israel, ahora y siempre. **R/.**

SEGUNDA LECTURA

Queríamos entregarles no sólo el Evangelio de Dios, sino nuestra propia vida.

De la primera carta del apóstol san Pablo a los tesalonicenses: 2, 7-9.13

Hermanos: Cuando estuvimos entre ustedes, los tratamos con la misma ternura con la que una madre estrecha en su regazo a sus pequeños. Tan grande es nuestro afecto por ustedes, que hubiéramos querido entregarles, no solamente el Evangelio de Dios, sino también nuestra propia vida, porque han llegado a sernos sumamente queridos.

Sin duda, hermanos, ustedes se acuerdan de nuestros esfuerzos y fatigas, pues, trabajando de día y de noche, a fin de no ser una carga para nadie, les hemos predicado el Evangelio de Dios.

Ahora damos gracias a Dios continuamente, porque al recibir ustedes la palabra que les hemos predicado, la aceptaron, no como palabra humana, sino como lo que realmente es: palabra de Dios, que sigue actuando en ustedes, los creyentes.

Palabra de Dios. *Te alabamos, Señor.*

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Cfr. Mt 23, 9. 10

R/. Aleluya, aleluya.

Su Maestro es uno solo, Cristo, y su Padre es uno solo, el del cielo, dice el Señor. **R/.**

EVANGELIO

Los fariseos dicen una cosa y hacen otra.

+ Del santo Evangelio según san Mateo: 23, 1-12

En aquel tiempo, Jesús dijo a las multitudes y a sus discípulos: “En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y fariseos. Hagan, pues, todo lo que les digan, pero no imiten sus obras, porque dicen una cosa y hacen otra. Hacen fardos muy pesados y difíciles de llevar y los echan sobre las espaldas de los hombres, pero ellos ni con el dedo los quieren mover. Todo lo hacen para que los vea la gente. Ensanchan las filacterias y las franjas del manto; les agrada ocupar los primeros lugares en los banquetes y los asientos de honor en las sinagogas; les gusta que los saluden en las plazas y que la gente los llame ‘maestros’.

Ustedes, en cambio, no dejen que los llamen ‘maestros’, porque no tienen más que un Maestro y todos ustedes son hermanos. A ningún hombre sobre la tierra lo llamen ‘padre’, porque el Padre de ustedes es sólo el Padre celestial. No se dejen llamar ‘guías’, porque el guía de ustedes es solamente Cristo. Que el mayor de entre ustedes sea su servidor, porque el que se enaltece será humillado y el que se humilla será enaltecido”.

Palabra del Señor. Gloria a ti, Señor Jesús.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor, que este sacrificio sea para ti una ofrenda pura, y nos obtenga la plenitud de tu misericordia. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Cfr. Sal 15, 11

Me has enseñado el sendero de la vida, me saciarás de gozo en tu presencia, Señor.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Te rogamos, Señor, que aumente en nosotros la acción de tu poder y que, alimentados con estos sacramentos celestiales, tu favor nos disponga para alcanzar las promesas que contienen. Por Jesucristo, nuestro Señor.

UNA REFLEXIÓN PARA NUESTRO TIEMPO

La intención de este pasaje evangélico es ofrecer una propuesta alternativa ante los abusos de poder. Si bien Jesús denuncia los fallos de los escribas y fariseos, no podemos alegar que dichos abusos fueran exclusivos de ellos. Quien ejerza un cargo público o un ministerio eclesial podrá corromperse en la medida que no esté sujeto a una permanente rendición de cuentas. Tanto en las instituciones públicas como en la comunidad eclesial, encontramos frecuentes situaciones de abuso de autoridad, que permanecen impunes. La incongruencia y el maltrato siempre resultan reprobables, pero lastiman en mayor medida la credibilidad de la Iglesia cuando son realizados por ministros que predicán los valores evangélicos sin ocuparse de ponerlos en práctica. Jesús nos da una orientación segura: antes que ministros, maestros o directores, estamos vinculados por el lazo de la fraternidad.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

Hicisteis tropezar a muchos con vuestra enseñanza (MI 1,14b-2,2b.8-10)

1ª lectura

El profeta reprocha a los sacerdotes del Templo que no honren al Señor (2,1; cfr. 1,6) y que conduzcan a muchos a tropezar «con vuestra enseñanza» (2,8), o bien «con la Ley» –que de las dos maneras puede ser interpretado el texto– y, además, que hagan acepción de personas (2,9); en definitiva, corrompen la alianza que el Señor hizo con Leví (2,4-5; cfr. Dt 18,1-8; 33,8-11).

Para que su ministerio sea eficaz (2,2-3), el profeta exhorta a los sacerdotes a vivir las virtudes que descubre en Leví: el temor de Dios, la humildad, y la veracidad en el hablar (2,5-6). Este último aspecto se subraya especialmente: el sacerdote no habla por sí mismo, es mensajero, *mal'ak*, del Señor, y sus palabras deben ser sabiduría de la Ley (2,7).

El Concilio Vaticano II evoca este texto, cuando recuerda la misión de predicar encomendada a los sacerdotes: «El Pueblo de Dios se reúne, sobre todo, por la palabra de Dios vivo, la cual es muy lícito buscarla en la boca del sacerdote. Nadie puede salvarse si antes no ha tenido fe. Por eso los presbíteros, como colaboradores de los obispos, tienen como primer deber el anunciar a todos el Evangelio de Dios. Así, cumpliendo el mandato de Cristo (...) construyen y acrecientan el Pueblo de Dios» (*Presbyterorum ordinis*, n. 4).

Como una madre da alimento y calor (1 Ts 2,7b-9.13)

2ª lectura

La obra de la evangelización requiere amar a aquellos a quienes se dirige, pero no sólo con el afecto de un pedagogo, sino con el amor de un padre; o mejor aún, como el de una madre (vv. 7-12) que atiende todas las necesidades de su hijo, pero mira más allá del momento presente. Así el Apóstol cuida de los fieles que acaban de nacer a la fe «como la madre que gusta de nutrir a su pequeño pero no desea que permanezca pequeño. Lo lleva en su seno, lo atiende con sus manos, lo consuela con sus caricias, lo alimenta con su leche. Todo esto hace al pequeño, pero desea que crezca para no tener que hacer siempre tales cosas» (S. Agustín, *Sermones* 23,3). De modo análogo, la predicación del Evangelio requiere toda clase de atenciones, pero ha de ofrecer certezas sólidas basadas en la palabra de Dios que permitan el arraigo, desarrollo y madurez en la fe de quienes la han recibido.

Además, San Pablo no se limitó a predicar en la sinagoga o en otros lugares públicos, o en las reuniones litúrgicas cristianas. Se ocupó de las personas en particular (v. 11); con el calor de una confianza amistosa daba a cada uno aliento y consuelo, y les enseñaba cómo debían comportarse en su vida de modo coherente con la fe. Esta tarea apostólica, como lo muestra la vida de los primeros cristianos, no es competencia exclusiva de los pastores de almas, sino que corresponde a todos los fieles. El Concilio Vaticano II ha enseñado que una forma peculiar de apostolado individual «es el testimonio que pueden ofrecer los laicos de toda una vida que surge de la fe, de la esperanza y de la caridad. Con el apostolado de la palabra, absolutamente necesario en determinadas circunstancias, los laicos anuncian a Cristo, explican su doctrina, la difunden cada uno según su condición y capacidad, y la profesan con fidelidad» (*Apostolicam actuositatem*, n. 16). Se trata, en definitiva, de hacer que las personas que nos rodean se encuentren con Dios. «Cuando descubris algo de provecho, procuráis atraer a los demás –comenta San Gregorio Magno–. Tenéis, pues, que desear que otros os acompañen por los caminos del Señor. Si vais al foro o a los baños y topáis con alguno

que se encuentra desocupado, le invitáis a que os acompañe. Aplicad a lo espiritual esta costumbre terrena, y cuando vayáis a Dios no lo hagáis solos» (*Homiliae in Evangelia* 6,6).

La predicación es en verdad palabra de Dios (v. 13), no sólo porque en ella se transmite fielmente la divina revelación, sino también porque el mismo Dios habla por medio de los que la anuncian (cfr. 2 Co 5,20). Por eso, «la palabra de Dios es viva y eficaz» (Hb 4,12). «La fe se suscita en el corazón de los no creyentes y se alimenta en el corazón de los creyentes con la palabra de salvación. Con la fe empieza y se desarrolla la comunidad de los creyentes» (Conc. Vaticano II, *Presbyterorum ordinis*, n. 4).

El que se ensalce será humillado (Mt 23,1-12)

Evangelio

Aquí, como en otros lugares del Nuevo Testamento, no debe verse una condena general de los escribas y fariseos. De hecho, al final del discurso (v. 34), el Señor habla de escribas que sufrirán los mismos rigores que Él, y en otro lugar (cfr 13,52) da por supuesta la existencia de escribas cristianos que enseñarán los misterios del Reino de los Cielos a los discípulos. Ahora bien, en su conjunto, estamos ante una dura acusación a aquellos escribas y fariseos que en su conducta se guiaban más por aparentar externamente que por vivir de acuerdo con la verdad.

El discurso consta de dos partes: la primera (vv. 1-12) está dirigida al pueblo y a sus discípulos; la segunda –los célebres «ayes» (vv. 13-32)–, a aquellos escribas y fariseos. En ambas es posible descubrir un motivo común: con sus palabras, Cristo no pretende abolir la doctrina de la Ley enseñada por escribas y fariseos (cfr vv. 3 y 23), sino purificarla y llevarla a su plenitud.

En el comienzo (vv. 1-12), se pone en contraste la conducta de escribas y fariseos con la que debe ser la de los maestros cristianos. Aquellos «dicen pero no hacen» (v. 3) y apetecen ser los primeros (v. 6); los cristianos debemos servir y humillarnos (vv. 11-12). Jesús lo ejemplifica de una manera concreta (vv. 7-10): rabbí, padre y doctor eran títulos honoríficos que se daban a quienes enseñaban la Ley de Moisés. Cuando Jesús dice a sus discípulos que no acepten estos títulos, está indicando que el cristiano debe buscar el servicio, no el honor. San Agustín lo resumía muy bien en una conocida frase: «Somos rectores y somos también siervos: presidimos, pero si servimos» (S. Agustín, Sermones 340A).

SAN JUAN CRISÓSTOMO (www.iveargentina.org)

Sobre la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y fariseos

1. *Entonces*. ¿Cuándo? Cuando hubo dicho lo que dijo, cuando los hubo reducido a silencio, cuando los hubo obligado a no tentarle más, cuando hubo puesto bien patente que su enfermedad era incurable. *Sobre la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y fariseos; todo cuanto os digan que debéis hacer, hacedlo*. Esto lo dice Cristo para mostrar por todos los medios su absoluta concordia con su Padre. Porque, de haberle sido contrario, hubiera dicho también lo contrario sobre la ley; pero lo cierto es que manda se le tenga tanto respeto, que, aun siendo unos corrompidos los que la enseñan, hay que atenerse a ella.

Mas si aquí habla de la vida y conducta de escribas y fariseos, es porque la causa principal de su incredulidad era la corrupción de su vida y su ambición de gloria. Corrigiendo, pues, a sus oyentes, más que sobradamente les manda guardar lo que es parte muy principal para la salvación, a saber, el no despreciar a los maestros y no rebelarse contra los sacerdotes. Y no sólo lo manda, sino

que lo hace Él mismo. Porque, por más corrompido que estuvieran escribas y fariseos, no les quita el honor; lo cual era aumentarles a ellos su condenación, al mismo tiempo que no dejaba a los que habían de oírlos pretexto alguno para la desobediencia. No quería el Señor que nadie pudiera decir que, porque el maestro era malo, él era tibio y remiso. De ahí que Él corte ese pretexto. De tal modo, más bien, aun siendo malos, exalta su autoridad, que, después de tan grave acusación, dice: *Todo cuanto os digan que debéis hacer, hacedlo*. Porque no hablan de su propia cosecha, sino lo que Dios ordenó por medio de Moisés.

Advertid, por otra parte, cuán grande honor tributa a Moisés, mostrando una vez más su armonía con el Antiguo Testamento, como quiera que de Moisés hace venir el respeto que se debe a los maestros de la ley. Porque: *Sobre la cátedra –dice– de Moisés se han sentado escribas y fariseos*. Y es que, como no podía darles autoridad por su propia vida, se la da por lo que puede, es decir, por sentarse en la cátedra y ser sucesores de Moisés.

Por lo demás, cuando oímos decir al Señor “todo”, no hay que entender absolutamente toda la ley antigua; por ejemplo, lo referente a los alimentos, sacrificios y cosas semejantes. ¿Cómo podía el Señor mandarnos ahora guardar lo que Él se había adelantado a derogar? “Todo” quiere decir todo aquello que corrige nuestras costumbres, que mejora nuestro modo de ser, que está de acuerdo con las nuevas leyes, que no nos somete otra vez al yugo de la antigua. – ¿Cómo, pues, no manda todo eso partiendo de la ley de gracia, sino de la de Moisés? – Porque, antes de la cruz, no era aún tiempo de hablar claramente de ello. Y, a mi parecer, otra cosa disponía el Señor de antemano al hablar de esa manera, y es que, como inmediatamente los va a acusar, no quiere dejar a los insensatos la apariencia de que lo hace por ambicionar sus puestos, ni movido tampoco de enemistad. De ahí que quite ante todo esa apariencia y se libre a sí mismo de toda sospecha y pasar así a las acusaciones.

–Y ¿por qué razón los reprende y les dirige seguidamente tan largo discurso? – Porque quiere preservar a las muchedumbres y evitar que caigan en los mismos vicios que sus guías y maestros. Porque no es lo mismo prohibir que señalar con el dedo a los que pecan; como no es lo mismo exhortar a cumplir el deber, como poner delante a los que lo cumplen. De ahí que prevenga a sus oyentes, diciendo: *Pero no obréis según sus obras*. No quería el Señor que pensarán que, porque tenían que oírlos, debían también imitarlos. De ahí que añade esa restricción, y lo que en un primer momento parecía un honor, ahora se convierte en acusación. Porque ¿qué hay más triste que un maestro cuando la única manera de salvar a sus discípulos es que no se fijen en la vida de su maestro? De suerte que lo que parecía ser honor de escribas y fariseos, se les torna máxima acusación, como quiera que llevan una vida cuya imitación sería la perdición de sus oyentes. Ésa es la razón por que el Señor los acusa ahora tan de propósito. Pero no es ésa sola. Quiere también hacerles ver que la incredulidad primera que con Él mostraron y la cruz que seguidamente le harían sufrir no fue por culpa de quien no fue creído y fue crucificado, sino culpa sola de la ingratitud de ellos.

Y mirad ahora por dónde empieza el Señor sus acusaciones y por dónde crecen las culpas de escribas y fariseos: *Porque dicen y no hacen*. No hay duda que quienquiera infringe la ley es culpable; pero nadie tanto como el que tiene autoridad de maestro. El maestro infractor merece doble y aun triple condenación. Primero, por el solo hecho de infringirla; segundo, porque, teniendo oficio de enderezar a los otros, es él quien anda cojeando, y su propio honor le hace merecedor de mayor castigo; y tercero, porque, obrando así contra la ley el que está en el orden de maestro, su ejemplo tiene más fuerza de corrupción.

Juntamente con eso, otra acusación lanza el Señor contra escribas y fariseos y es que son ásperos y duros con sus súbditos: *Porque atan –dice– fardos pesados e insoportables y los ponen*

sobre los hombros de los hombres, pero ellos no quieren tocarlos ni con la punta del dedo. Doble maldad señala aquí el Señor: primero, exigir inexorablemente de sus súbditos la suma perfección de vida, y luego, permitirse ellos la más absoluta libertad. Todo lo contrario de lo que debe hacer el óptimo gobernante: ser para sí mismo juez inexorable y áspero, y benigno y blando para con sus súbditos. Escribas y fariseos hacían lo contrario.

2. Tales son todos los que filosofan de palabra, inexorables y pesados, como quienes no saben lo que es poner por obra la enseñanza. No es menuda maldad ésta y agrava la anterior acusación. Mirad, os ruego, cómo, en efecto, acrecienta esto la culpa de escribas y fariseos. Porque no dijo el Señor: “No pueden”, sino: *No quieren*. Tampoco dijo: “No quieren llevar esos fardos”, sino: *No quieren tocarlos con la punta del dedo*, es decir, ni acercarse a tocarlos siquiera. – ¿En qué mostraban, pues, su fervor y energía? – En lo prohibido. *Porque todas sus obras –dice– las hacen para ser vistos de los hombres*. Así los acusa el Señor de vanagloria, que fue lo que los perdió. Su culpa anterior era de crueldad y tibieza; ahora se trata de su loca ambición de gloria. Ella fue la que los apartó de Dios; ella les hizo buscar otro teatro para sus luchas y los perdió. Porque es así que cuales son los espectadores que cada uno tiene, a ellos procura agrandar y tales son también los combates que realiza. El que lucha ante valientes, combates de valentía acomete. El que tiene delante a gentes frías y apocadas, apocado se siente también él. Así, si el espectador que uno tiene es amigo de la risa, hay que hacer el cómico para darle gusto. Si el espectador es serio y dado a la filosofía, hay que hacerse el serio y el filósofo, pues tal es la actitud del que ha de alabar el espectáculo. Y mirad también aquí la gravedad de su culpa. Porque no es que hagan unas cosas así y otras de otro modo. No. *Todas sus obras –dice el Señor– las hacen por vanagloria*. Todas en absoluto.

Ya que el Señor ha acusado a escribas y fariseos de vanagloria, les hace ver seguidamente que su vanagloria no tiene siquiera por objeto cosas grandes y necesarias (en efecto, no había ninguna cosa grande, sino que estaban vacíos de buenas obras), sino frías y sin importancia, aquellas justamente que eran prueba de su propia maldad. *Ensanchan –dice– sus filacterias y agrandan las franjas de sus vestidos*. ¿Qué filacterias y qué franjas son ésas? Es que, como los judíos se olvidaban constantemente de los beneficios de Dios, les mandó Él que escribieran sus maravillas en pequeños rollos y que se los ataran a los brazos. Por ello les decía: *Estarán inmóviles ante tus ojos*¹. Tales rollos se llaman filacterias, a la manera que ahora muchas mujeres llevan colgados al cuello los evangelios. Y para se acordaran de Dios por otro medio, les mandó hacer lo que algunos suelen hacer muchas veces y es que, para no olvidarse de algo, se atan un hilo o una cinta al dedo; eso mismo, como a niños, les mandó Dios hacer a los judíos: que cosieran en el ruedo de los vestidos un pedazo de color jacinto², junto a los pies, a fin de que, al verlo, se acordaran de los mandamientos. Es lo que se llaman franjas. En esto, pues, mostraban ellos todo su fervor, ensanchando las membranas de los rollos y agrandando las franjas de los vestidos. ¡Suma y pura vanidad! Porque ¿qué sentido tenía ese empeño en dilatar esas membranas? ¿Es eso, acaso, una obra buena tuya? ¿Es que te valen para algo, si no sacas el provecho a que se ordenan? Lo que Dios busca no es que ensanches y agrandes filacterias y franjas, sino que te acuerdes de sus obras. Porque, si no hay que buscar gloria en la oración y el ayuno, obras trabajosas y que, al cabo, son nuestras, ¿cómo tú, judío, te enorgulleces de eso, que más bien acusa tu negligencia?

Más escribas y fariseos no sufrían de vanagloria sólo en esas cosas, sino en otras también tan sin sentido como ésas. *Porque quieren –dice el Señor– el primer diván en los banquetes y las primeras sillas en las sinagogas y que los saluden en las plazas y los llame la gente “Rabbi”*. Todo

¹ Deut 6, 8.

² Núm. 15, 38.

esto, que parecen minucias, es causa de grandes males. Estas minucias han trastornado a ciudades e iglesias. A mí me vienen ahora ganas de llorar al oír hablar de primeras sillas y de saludos, pues considero cuán grandes males se han seguido de ahí a las iglesias de Dios. No hay por qué os lo explique aquí a vosotros ahora y, por otra parte, los que son viejos no necesitan enterarse de eso por nosotros.

Y considerad, os ruego, dónde se dejaban dominar de la vanagloria: allí donde se les mandaba vencerla, en las sinagogas, adonde entraban para instruir a los demás. Porque tener vanidad en los convites, no parece, hasta cierto punto, tan gran mal, si bien el maestro aun en los convites ha de ser admirado. No sólo en la iglesia, sino en todas partes. Porque al modo que el hombre, dondequiera que aparezca, es diferente de los animales, así el maestro ha de manifestarse maestro tanto cuando habla como cuando calla, cuando come o cuando hace otra cosa cualquiera. Su andar, su mirar, su talle, todo, en una palabra, ha de mostrar quién es. Ellos, empero, eran en todas partes ridículos, se cubrían dondequiera de oprobio, afanosos de buscar lo mismo que habían de huir. *Porque aman – dice – los primeros puestos.* Y si el amor es culpa, ¿qué será el hacer? ¿Qué mal no será andar a caza de esos puestos y no cejar en el empeño hasta alcanzarlos?

3. Ahora bien, en todo lo demás, como cosas menudas y sin importancia, el Señor se contentó con acusar a escribas y fariseos. Sus discípulos no necesitaban que también sobre ello se les corrigiera; mas ahora que habla de lo que era causa de todos los males, es decir, la ambición de mando y el afán de arrebatarse la cátedra de maestros, eso sí lo saca a la pública vergüenza, lo corrige con extraordinario empeño y sobre ello da también a sus discípulos los más enérgicos mandatos. Porque ¿qué les dice? *Más vosotros no os llaméis maestros.* Y seguidamente la razón: *Porque uno solo es vuestro maestro. Y todos vosotros sois hermanos.* Y nadie tiene nada más que otro, porque nadie es algo por sí mismo. De ahí que Pablo dice también: *¿Qué es Pablo? ¿Qué es Apolo? ¿Qué es Cefas? ¿No son ministros de aquel en quien habéis creído?* Ministros dijo, no maestros.

Y prosigue el Señor: *No llaméis padre a nadie.* No porque realmente no lo hubieran de llamar, sino porque supieran a quién habían de llamar propiamente padre. Porque así como el maestro no es maestro por sí mismo ni lo es de nacimiento, así tampoco es padre el padre. Él es principio de todos, de padres lo mismo que de maestros. Y nuevamente añade: *Ni os llaméis tampoco directores, porque uno solo es vuestro director o guía: el Cristo.* Y no dijo: “Yo”. Porque así como más arriba dijo: *¿Qué os parece del Cristo?* Y no: *¿Qué os parece de mí?*; así hace también aquí. Con mucho gusto preguntaría yo ahora qué pueden responderme esos que tantas veces aplican la expresión “uno solo” al Padre solamente con el fin de anular al Unigénito. ¿Es guía el Padre? Todos dirán que sí y nadie podrá contradecirlo. Y sin embargo: *Uno solo es – dice – vuestro guía, es decir, el Cristo.* Por lo tanto, así como el decir que Cristo es el único guía no excluye que el Padre también lo sea, así también el decir que el Padre es único guía no excluye que lo sea también Cristo. Porque “uno solo” se dice por contraposición a los hombres y al resto de la creación.

Ya que el Señor les ha prohibido la ambición de primeros puestos, ya que los ha curado de esta grave enfermedad, enseñales seguidamente cómo han de huirla por medio de la humildad. De ahí que añade: *El mayor entre vosotros, sea vuestro ministro. Porque todo el que se exaltare, será humillado, y todo el que se humillare, será exaltado.* Nada hay nada comparable a la humildad; de ahí que el Señor está continuamente recordando a sus discípulos esta virtud. Cuando puso en medio de ellos a unos niños pequeños y ahora; cuando proclamó las bienaventuranzas, por la humildad empezó, y ahora de raíz arranca el orgullo diciendo: *El que se humillare será exaltado.* Mirad cómo lleva el Señor a sus oyentes a lo diametralmente opuesto. Porque no sólo prohíbe ambicionar los primeros puestos, sino que manda buscar los últimos. Así – parece decirnos – alcanzaréis vuestro

deseo. De ahí que quien desee los primeros puestos, ha de ponerse en el último lugar. Porque: *El que se humillare será exaltado.*

(Obras de San Juan Crisóstomo, homilía 72, 1-3, BAC Madrid 1956 (II), p. 450-59)

FRANCISCO – Homilías en Santa Marta (18.III.2014 y 3.III.2015)

18 de marzo de 2014

Cristianos sin maquillaje

El cristiano que piensa que puede salvarse por sí solo “es un hipócrita”, un “cristiano maquillado”. La Cuaresma es el tiempo propicio para cambiar de vida y acercarse a Jesús pidiendo perdón, arrepentidos y dispuestos a testimoniar su luz ocupándose de los necesitados. Una nueva reflexión cuaresmal propuso el Papa Francisco el martes 18 de marzo en la misa celebrada en Santa Marta.

“Esto es la Cuaresma –así, en efecto, introdujo la homilía–, es un tiempo para acercarnos más al Señor”. Por lo demás, explicó, lo dice la palabra misma, ya que Cuaresma significa conversión. Y precisamente con una invitación a la conversión, destacó refiriéndose al pasaje de Isaías (Is 1, 10.16-20), “comienza la primera lectura de hoy. El Señor, en efecto, llama a la conversión; y curiosamente llama a dos ciudades pecadoras”, Sodoma y Gomorra, a las que dirige la invitación: “Convertíos, cambiad de vida, acercaos al Señor”. Esta, explicó, “es la invitación de la Cuaresma: son cuarenta días para acercarnos al Señor, para estar más cerca de Él. Porque todos nosotros necesitamos cambiar la vida”. Y es inútil decir: “Pero, padre, yo no soy tan pecador...”, porque “todos tenemos dentro alguna cosa y si miramos en nuestra alma encontraremos alguna cosa que no funciona, todos”.

La Cuaresma, por lo tanto, “nos invita a ajustar, a acomodar nuestra vida” indicó el Pontífice. Es precisamente esto lo que nos permite acercarnos al Señor.

Al respecto, el Papa citó una vez más las palabras de la primera lectura: “Aunque vuestros pecados sean como escarlata, quedarán blancos como nieve”. Y continuó: ““Yo te cambio el alma”: esto nos dice Jesús. ¿Y qué nos pide? Que nos acerquemos. Que nos acerquemos a Él. Dios es Padre; nos espera para perdonarnos. Y nos da un consejo: “No seáis como los hipócritas”“. Para explicarlo, **el Papa Francisco luego hizo referencia al pasaje del Evangelio de Mateo (Mt 23, 1-12)** poco antes proclamado: “Lo hemos leído en el Evangelio: este tipo de acercamiento el Señor no lo quiere. Él quiere un acercamiento sincero, auténtico. En cambio, ¿qué hacen los hipócritas? Se maquillan. Se maquillan de buenos. Ponen cara de estampa, rezan mirando al cielo, haciéndose ver, se sienten más justos que los demás, despreciando a los demás”. Y presumen de ser buenos católicos porque tienen conocidos entre bienhechores, obispos y cardenales.

“Esto es la hipocresía –destacó–. Y el Señor dice no”, porque nadie debe sentirse justo por su juicio personal. “Todos necesitamos ser justificados –repitió el obispo de Roma– y el único que nos justifica es Jesucristo. Por ello debemos acercarnos: para no ser cristianos maquillados”. Cuando la apariencia se desvanece “se ve la realidad y éstos no son cristianos. ¿Cuál es la piedra de toque? Lo dice el Señor mismo en la primera lectura: “Lavaos, purificaos, apartad de mi vista vuestras malas acciones. Dejad de hacer el mal, aprended a hacer el bien”“. Esta, repitió, es la invitación.

Pero, “¿cuál es la señal de que estamos en el buen camino? Lo dice la Escritura: socorrer al oprimido, cuidar al prójimo, al enfermo, al pobre, a quien tiene necesidad, al ignorante. Esta es la piedra de toque”. Y aún más: “Los hipócritas no pueden hacer esto, porque están tan llenos de sí

mismos que son ciegos para mirar a los demás”. Pero “cuando uno camina un poco y se acerca al Señor, la luz del Padre hace ver estas cosas y va a ayudar a los hermanos. Este es el signo de la conversión”.

Cierto, añadió, esta “no es toda la conversión; porque la conversión –explicó– es el encuentro con Jesucristo. Pero la señal de que estamos con Jesús es precisamente esta: atender a los hermanos, a los pobres, a los enfermos como el Señor nos enseña en el Evangelio”.

Por lo tanto, la Cuaresma sirve para “cambiar nuestra vida, para ajustar la vida, para acercarnos al Señor”. Mientras que la hipocresía es “el signo de que estamos lejos del Señor”. El hipócrita “se salva por sí mismo, al menos así piensa”, continuó el Santo Padre. Así, la conclusión: “Que el Señor nos dé a todos luz y valor: luz para conocer lo que sucede dentro de nosotros y valor para convertirnos, para acercarnos al Señor. Es hermoso estar cerca del Señor”.

3 de marzo de 2015

Invitación, don y fingimiento

Continúan -siguiendo la liturgia diaria de la Palabra- las reflexiones del Papa Francisco sobre el tema de la conversión. Tras la invitación del lunes “a acusarnos a nosotros mismos, a decirnos la verdad sobre nosotros mismos, a no maquillarnos el alma para convencernos que somos más buenos de lo que realmente somos”, en la misa que celebró el martes 3 de marzo en Santa Marta, el Pontífice profundizó “el mensaje de la Iglesia” que “hoy se puede resumir en tres palabras: la invitación, el don y el “fingimiento”“. Una invitación que, como se lee en el libro del profeta Isaías (Is 1, 10.16) se refiere precisamente a la conversión: “Oíd la palabra del Señor. Lavaos, purificaos”, o sea: “Lo que tenéis dentro y que no es bueno, lo que es malo, lo que está sucio, debe ser purificado”.

Ante la petición del profeta: “Apartad de mi vista vuestras malas acciones”, “dejad de hacer el mal, aprended a hacer el bien”, está quien dice: “Pero, Señor, yo no hago el mal; voy a misa todos los domingos, soy un buen cristiano, doy muchos donativos”. A estas personas el Papa Francisco les preguntó idealmente: “¿Tú has entrado en tu corazón? ¿Eres capaz de acusarte a ti mismo por las cosas que encuentras allí?”. Y en el momento que se advierte la necesidad de la conversión, nos podemos también preguntar: “¿Cómo puedo convertirme?”. La respuesta nos la da la Escritura: “Aprended a hacer el bien”.

“La suciedad del corazón”, en efecto, destacó el Papa, “no se quita como se quita una mancha: vamos a la tintorería y salimos limpios. Se quita con el obrar”. La conversión es “hacer un camino distinto, otro camino distinto al del mal”. Otra pregunta: “¿Y cómo hago el bien?”. La respuesta la da también el profeta Isaías: “Buscad la justicia, socorred al oprimido, protegéd el derecho del huérfano, defended a la viuda”. Indicaciones que, como explicó el Papa Francisco, se comprenden bien en una realidad como la de Israel, donde “los más pobres y los más necesitados eran los huérfanos y las viudas”. Para cada uno de nosotros significa: ve “donde están las llagas de la humanidad, donde hay mucho dolor; y así, haciendo el bien, lavarás tu corazón. Tú serás purificado. Esta es la invitación del Señor”.

Conversión significa, por lo tanto, que estamos llamados a hacer el bien “a los más necesitados: la viuda, el huérfano, los enfermos, los ancianos abandonados, de los que nadie se acuerda”; pero también “los niños que no pueden ir a la escuela” o los niños “que no saben hacer la señal de la cruz”. Porque, puso de relieve con amargura el Pontífice, “en una ciudad católica, en una

familia católica hay niños que no saben rezar, que no saben hacer la señal de la cruz”. Y, entonces, hay que “ir a ellos” a llevarles “el amor del Señor”.

Si hacemos esto, se preguntó el Papa, “¿cuál será el don del Señor?”. Él “nos cambiará”, dijo retomando la frase con la que el profeta Isaías afirma: “Aunque vuestros pecados sean como escarlata, quedarán blancos como nieve; aunque sean rojos como la púrpura, quedarán como lana”. Incluso ante nuestro miedo y titubeo -”Pero, padre, tengo muchos pecados. He cometido muchos, muchos, muchos, muchos”- el Señor nos confirma: “Si tú vienes por este camino, por el que yo te invito, incluso si vuestros pecados fueran como escarlata, quedarán blancos como nieve”.

Comentó el Pontífice: “¿Es una exageración! El Señor exagera; pero es la verdad”, porque Dios, ante nuestra conversión, “nos da el don de su perdón” y “perdona generosamente”. Dios no se limita a decir: “Yo te perdono hasta aquí, luego veremos lo demás...”. Al contrario, “el Señor perdona siempre todo, todo”. Pero, puntualizó el Papa Francisco concluyendo su razonamiento, “si quieres ser perdonado” tienes que encaminarte por la “senda de hacer el bien”.

Tras el análisis de las primeras dos palabras propuestas al inicio de la homilía -la “invitación”, o sea: ponte en camino para convertirte, para hacer el bien; y el “don”, es decir: “te daré el perdón más grande, te cambiaré, te purificaré”- el Papa pasó a la tercera palabra, el “fingimiento”. **Al releer el pasaje del Evangelio de san Mateo (Mt 23, 1-12) donde Jesús habla de los escribas y fariseos**, el Papa Francisco hizo notar que “también nosotros somos astutos”, como pecadores: “siempre encontramos un camino que no es el justo, para aparentar ser más justos de lo que somos: es el camino de la hipocresía”.

Precisamente a esto se refiere Jesús en el pasaje propuesto por la liturgia. Él habla “de los hombres a los que les gusta alardear de justos: los fariseos, los doctores de la ley, que dicen las cosas justas, pero hacen lo contrario”. A estos “astutos”, explicó el Pontífice, les gusta “la vanidad, el orgullo, el poder, el dinero”. Y son “hipócritas” porque “fingen convertirse, pero su corazón es una mentira: son mentirosos”. En efecto, “su corazón no pertenece al Señor; pertenece al padre de todas las mentiras, a Satanás. Y este es el “fingimiento” de la santidad”.

Es una actitud contra la cual Jesús usó siempre palabras muy claras. Él, de hecho, prefería “mil veces” a los pecadores en vez de los hipócritas. Al menos “los pecadores decían la verdad sobre sí mismos: “apártate de mí Señor que soy un pecador”” (Lc 5, 8). Así, recordó el Pontífice, había hecho “Pedro, una vez”. Un reconocimiento que, en cambio, no está jamás en la boca de los hipócritas, quienes dicen: “Te agradezco, Señor, porque no soy pecador, porque soy justo” (Lc 18, 11).

Estas son las tres palabras sobre las que hay que “meditar” en esta segunda semana de Cuaresma: “la invitación a la conversión; el don que nos dará el Señor, es decir, un gran perdón”; y “la “trampa”, es decir, “fingir” convertirse y tomar la dirección de la hipocresía”. Con estas tres palabras en el corazón se puede participar en la Eucaristía, “nuestra acción de gracias”, en la cual se oye “la invitación del Señor: “Ven hacia mí, cómeme. Yo cambiaré tu vida. Sé justo, haz el bien pero, por favor, cuídate de la levadura de los fariseos, de la hipocresía”. Sin nombre

BENEDICTO XVI - Ángelus (30.X.2011)

Testimoniar con obras la palabra predicada

Queridos hermanos y hermanas:

En la liturgia de este domingo, el apóstol san Pablo nos invita a considerar el Evangelio «no como palabra humana, sino, cual es en verdad, como palabra de Dios» (1 Ts 2, 13). De este modo podemos acoger con fe las advertencias que Jesús dirige a nuestra conciencia, para asumir un comportamiento acorde con ellas. En el pasaje de hoy, critica a los escribas y fariseos, que en la comunidad desempeñaban el papel de maestros, porque su conducta estaba abiertamente en contraste con la enseñanza que proponían a los demás con rigor. Jesús subraya que «dicen, pero no hacen» (Mt 23, 3); más aún, «lían fardos pesados y se los cargan a la gente en los hombros, pero ellos no están dispuestos a mover un dedo para empujar» (Mt 23, 4). Es necesario acoger la buena doctrina, pero se corre el riesgo de desmentirla con una conducta incoherente. Por esto Jesús dice: «Haced y cumplid todo lo que os digan; pero no hagáis lo que ellos hacen» (Mt 23, 3). La actitud de Jesús es exactamente la opuesta: él es el primero en practicar el mandamiento del amor, que enseña a todos, y puede decir que es un peso ligero y suave precisamente porque nos ayuda a llevarlo juntamente con él (cf. Mt 11, 29-30).

Pensando en los maestros que oprimen la libertad de los demás en nombre de su propia autoridad, san Buenaventura indica quién es el auténtico Maestro, afirmando: «Nadie puede enseñar, ni obrar, ni alcanzar las verdades cognoscibles sin que esté presente el Hijo de Dios» (*Sermo I de Tempore, Dom. XXII post Pentecosten, Opera omnia, IX, Quaracchi, 1901, 442*). «Jesús se sienta en la “cátedra” como el Moisés más grande, que extiende la Alianza a todos los pueblos» (*Jesús de Nazaret, Madrid 2007, p. 93*). ¡Él es nuestro verdadero y único Maestro! Por esto, estamos llamados a seguir al Hijo de Dios, al Verbo encarnado, que manifiesta la verdad de su enseñanza a través de la fidelidad a la voluntad del Padre, a través del don de sí mismo. Escribe el beato Antonio Rosmini: «El primer maestro forma a todos los demás maestros, del modo que forma a los discípulos mismos, porque [tanto unos como otros] existen sólo en virtud de ese tácito pero poderosísimo magisterio» (*Idea della Sapienza, 82, en: Introduzione alla filosofia, vol. II, Roma 1934, p. 143*). Jesús condena enérgicamente también la vanagloria y asegura que obrar «para que los vea la gente» (Mt 23, 5) pone a merced de la aprobación humana, amenazando los valores que fundan la autenticidad de la persona.

Queridos amigos, el Señor Jesús se presentó al mundo como siervo, se despojó totalmente de sí mismo y se rebajó hasta dar en la cruz la más elocuente lección de humildad y de amor. De su ejemplo brota la propuesta de vida: «El primero entre vosotros será vuestro servidor» (Mt 23, 11). Invoquemos la intercesión de María santísima y pidamos, de modo especial, por aquellos que en la comunidad cristiana están llamados al ministerio de la doctrina, para que testimonien siempre con obras las verdades que transmiten con la palabra. ¡Feliz domingo!

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

La acción moral y el testimonio cristiano

2044. La fidelidad de los bautizados es una condición primordial para el anuncio del evangelio y para la misión de la Iglesia en el mundo. Para manifestar ante los hombres su fuerza de verdad y de irradiación, el mensaje de la salvación debe ser autenticado por el testimonio de vida de los cristianos. “El mismo testimonio de la vida cristiana y las obras buenas realizadas con espíritu sobrenatural son eficaces para atraer a los hombres a la fe y a Dios” (AA 6).

El sacerdocio es un servicio; la fragilidad humana de los jefes

876. El carácter de servicio del ministerio eclesial está intrínsecamente ligado a la naturaleza sacramental. En efecto, enteramente dependiente de Cristo que da misión y autoridad, los ministros son verdaderamente “esclavos de Cristo” (Rm 1, 1), a imagen de Cristo que, libremente ha tomado por nosotros “la forma de esclavo” (Flp 2, 7). Como la palabra y la gracia de la cual son ministros no son de ellos, sino de Cristo que se las ha confiado para los otros, ellos se harán libremente esclavos de todos (cf. 1 Co 9, 19).

1550. Esta presencia de Cristo en el ministro no debe ser entendida como si éste estuviese exento de todas las flaquezas humanas, del afán de poder, de errores, es decir del pecado. No todos los actos del ministro son garantizados de la misma manera por la fuerza del Espíritu Santo. Mientras que en los sacramentos esta garantía es dada de modo que ni siquiera el pecado del ministro puede impedir el fruto de la gracia, existen muchos otros actos en que la condición humana del ministro deja huellas que no son siempre el signo de la fidelidad al evangelio y que pueden dañar por consiguiente a la fecundidad apostólica de la Iglesia.

1551. Este sacerdocio es ministerial. “Esta Función, que el Señor confió a los pastores de su pueblo, es un verdadero servicio” (LG 24). Está enteramente referido a Cristo y a los hombres. Depende totalmente de Cristo y de su sacerdocio único, y fue instituido en favor de los hombres y de la comunidad de la Iglesia. El sacramento del Orden comunica “un poder sagrado”, que no es otro que el de Cristo. El ejercicio de esta autoridad debe, por tanto, medirse según el modelo de Cristo, que por amor se hizo el último y el servidor de todos (cf. Mc 10,43-45; 1 P 5,3). “El Señor dijo claramente que la atención prestada a su rebaño era prueba de amor a él” (S. Juan Crisóstomo, sac. 2,4; cf. Jn 21,15-17)

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

Uno solo es vuestro Maestro

En el centro de las lecturas de este Domingo encontramos una verdadera y propia interpelación contra los sacerdotes y los guías espirituales del pueblo (escribas y fariseos), que, en parte, se aplica a los jefes y a los maestros religiosos de todos los tiempos. El pensamiento de Jesús, a este respecto, se resume en la invitación:

«Haced y cumplid lo que os digan; pero no hagáis lo que ellos hacen, porque ellos no hacen lo que dicen».

Dejemos todo esto a la reflexión del grupo o categoría más directamente interesado, el clero, y busquemos recoger, en lo interno de este tema general, un apunte, que nos interesa indistintamente a todos y aparece en este solo punto en todos los cuatro Evangelios. Jesús dice a sus discípulos:

«No os dejéis llamar maestro, porque uno solo es vuestro maestro», Cristo.

Los títulos de Cristo son como las caras de un prisma, en el que cada una de ellas refleja un particular «color», esto es, un aspecto de su íntima realidad. Aquí nos encontramos delante de un título importantísimo. La relación fundamental, que unía durante la vida a Jesús y a sus seguidores, que era la relación maestro-discípulos. Jesús era llamado Rabbí, esto es, el maestro. Cuando los fariseos hablan de él a los apóstoles les dicen: «Vuestro Maestro...» («¿Por qué no ayuna vuestro Maestro?»); cuando le hablan a él de sus apóstoles le dicen: «Tus discípulos...» («¿Por qué tus discípulos comen sin lavarse las manos?»).

La relación maestro-discípulo es también hoy importante. En ciertas categorías profesionales (médicos, juristas) y en los artistas, de 10 que se es más fiel es de que a las propias referencias se pone delante el nombre del maestro en cuya escuela uno se ha formado. Pero, esta referencia es todavía más importante durante el tiempo de Jesús, cuando no había libros y toda la sabiduría se transmitía por vía oral, de maestro a discípulo. En este sentido, Jesús dijo una vez que «no está el discípulo por encima del maestro» (Mateo 10,24). Si todo lo que uno sabe, lo sabe por el maestro, que le transmite la tradición del pasado, mientras permanece su discípulo o en cuanto discípulo, no puede evidentemente saber más que el maestro. Esto no quita que el discípulo, bebiendo de otras fuentes o por investigación propia, pueda superar al maestro (cuando se trata de un maestro humano) como tantas veces sucede.

En el mundo moderno, el discípulo vive en su casa y va sólo algunas horas a la escuela; en general, no a un solo maestro sino a más maestros. En tiempo de Cristo, el discípulo iba a vivir con el maestro, aprendía permaneciendo juntos noche y día, prestando atención a cómo vivía, respondía, se comportaba. Era una transmisión existencial o de vida, no sólo de doctrina. También, Jesús hace lo mismo: invita a sus futuros apóstoles a «estar con él», antes de enviarles a predicar.

Sin embargo, en un punto se separa Jesús de lo que acontecía en su tiempo entre maestro y discípulos. Éstos, por así decirlo, se pagaban los estudios sirviendo al maestro, haciendo por él pequeños encargos y haciéndole los servicios que un joven puede hacer a un anciano, entre los que estaba el lavarle los pies. Con Jesús sucede lo contrario o al revés; es él el que sirve a los discípulos. Escuchemos lo que les dice, después de haber lavado los pies a los apóstoles:

«Vosotros me llamáis “el Maestro” y “el Señor”, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros. Porque os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros» (Juan 13, 13-15).

Jesús no es, en verdad, de la categoría de los maestros que «dicen y no hacen». Él no ha dicho a sus discípulos que hagan nada que él mismo no lo haya hecho antes. Es exactamente lo opuesto de los maestros reprochados en el fragmento de hoy, los cuales «lían fardos pesados e insoportables y se los cargan a la gente en los hombros, pero ellos no están dispuestos a mover un dedo para empujar». No es una de las señales de circulación, que indican la dirección en la que hay que caminar; pero, ellas no se mueven ni un centímetro. Por eso, él puede llegar a decir con toda verdad: «Aprended de mí» (Mateo 11,29).

Pero, ¿qué quiere decir que Jesús es el único maestro? A la letra, no quiere decir que este título de ahora en adelante ya no deba ser usado más por ningún otro; que nadie tiene derecho de hacerse llamar maestro. Quiere decir que nadie tiene derecho de hacerse llamar Maestro (con letra mayúscula), como si fuese el poseedor último de la verdad y enseñase en nombre propio la verdad sobre Dios. El porqué, lo explica Jesús claramente cuando dice:

«Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie va al Padre si no es por mí».

Jesús es la suprema y definitiva revelación de Dios a los hombres, que contiene en sí todas las revelaciones parciales, que han tenido lugar antes y después de él; ya decía san Justino mártir que es el Lagos total, en el que están encerradas todas las «semillas de la verdad», diseminadas por el mundo.

Pero, preguntémosnos: ¿de qué cosa es maestro Cristo? ¿Cuál es su «especialización»? Sólo de dos sujetos o materias: Dios y el hombre. Nos hace conocer a Dios y nos hace conocernos a nosotros mismos; pero, sabemos que en estos dos conocimientos está encerrada toda la sabiduría

esencial. San Agustín oraba diciendo: «Que yo te conozca a ti y que tú me conozcas a mí». El conocimiento de Dios sin el conocimiento de sí mismo llevaría a la presunción de creerse iguales a Dios. («Comprender es igualar», decía, me parece, el pintor Rafael); el conocimiento de sí mismo sin el de Dios llevaría a la desesperación. El conjunto de las dos cosas es la verdadera sabiduría.

Sobre Dios, Jesús no se ha limitado a repetir cosas ya dichas y conocidas. Ha traído novedades absolutas, que sólo «el Hijo Unigénito, que está en el seno del Padre» (Juan 1,18) podía revelar: que es Padre, Hijo y Espíritu Santo, esto es, Trinidad; que es amor y por ello es Trinidad, porque con menos que entre dos personas no puede haber amor. Nos ha revelado «la profundidad de Dios» (Romanos 8, 39). Sobre el hombre nos ha revelado que está destinado a llegar a ser hijo de Dios, a poseer la vida eterna, que es libre y puede decidirse o por la luz o por las tinieblas, puede creer o rechazar el creer, decidiendo así de su destino eterno.

Pero, no nos ha dicho sólo verdades abstractas sobre Dios; no se ha limitado a revelarnos quién es Dios sino también lo que quiere Dios, su voluntad sobre nosotros. «Ésta es la voluntad de mi Padre...» (Juan 6, 40). El Evangelio en su conjunto no es más que la revelación de este camino de Dios. Esto le viene recordado al hombre de hoy y el papa Juan Pablo II lo ha hecho en su encíclica *Veritatis splendor*, «el esplendor de la verdad».

El hombre moderno muy frecuentemente piensa entre otras cosas que no existe una verdad absoluta, válida para siempre y para todos; que existen tantas verdades cuantos son los sujetos. Que la verdad es subjetiva, no objetiva. Que el valor supremo no es la verdad, sino la veracidad; esto es, la sinceridad: decir lo que se cree verdadero, aquello en lo que se cree, sin pretender que sea la Verdad. Dado que no existe una verdad absoluta, no existen ni siquiera tampoco normas morales absolutas. El hombre se inventa su moral, poco a poco, a medida que progresa en la historia, como el río, que avanzando va excavándose su lecho. La moral, pues, depende de la cultura: es bueno lo que en un cierto contexto cultural la mayoría cree ser tal. Es el relativismo moral, el que vemos cada día reafirmado y actuado en la práctica.

Contra este relativismo el Papa en su encíclica reafirma que existe una Verdad absoluta, porque existe Dios que es el que mide la verdad. Esta verdad esencial, ciertamente a especificar siempre con mayor cuidado, está grabada en la conciencia. Pero, dado que la conciencia se ha comprimido por el pecado, por las costumbres y los ejemplos contrarios, he aquí el papel de Cristo, quien ha venido a revelar de forma clara esta verdad de Dios en el mundo; es más, que encarna en sí mismo esta verdad; he aquí, también, el papel de la Iglesia y de su magisterio, que explica dicha verdad de Cristo y la aplica a las mudables situaciones de la vida.

Pero, es sobre todo el Espíritu Santo, el «Espíritu de la verdad», el que nos guía ahora hacia la verdad plena y el que nos recuerda lo que Jesús ha dicho. Él es el maestro interior, sin el que en vano se leen o se escuchan las palabras, que nos llegan desde fuera. Él confiere aquella especial unción, que «enseña toda cosa» (1 Juan 2, 27). Antes de subir al cielo, Jesús dio una consigna a sus apóstoles:

«Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes... y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado» (Mateo 28,19 s.)

El fruto más hermoso de nuestra reflexión de hoy sobre el Evangelio sería descubrir con la ayuda del Espíritu Santo qué honor, qué privilegio inaudito, qué título de recomendación (ante Dios) sea el ser discípulos de Cristo de Nazaret. Poner, también nosotros, esta cosa por encima de todas nuestras referencias. Ser y sentirnos en la vida, antes de cualquier otra cosa, discípulos de Cristo. Que alguien viéndonos y oyéndonos pueda decir de nosotros, lo que aquella mujer le dijo a Pedro en el

atrio del Sanedrín: «¡Ciertamente, tú también eres de ellos, pues además tu misma habla (mejor, se podría añadir: tu actuar) te descubre!» (cfr. Mateo 26, 73).

Si los discípulos deben «amaestrar o enseñar» y «hacer discípulos» (Mateo 28, 19-20), quiere decir que también ellos han sido promocionados como maestros. Es verdad; esto, sin embargo, no quita que hay todavía hoy y siempre un solo maestro, porque ellos no deben hacer «discípulos» propios a los hombres, sino a discípulos de Cristo.

En este nuevo deber de maestros, los apóstoles y sus sucesores (y, en otro sentido, todos los bautizados) deben imitar a su maestro. Enseñar con el ejemplo, amar a quienes son llamados a transmitir la verdad (la verdad se transmite sólo con la caridad, ¡sobre ningún otro ancho o banda de onda!), lavar los pies a los propios discípulos, esto es, con espíritu de servicio y no de dominio. Es lo que el divino Maestro recomienda al término del fragmento del Evangelio de hoy:

«El primero entre vosotros será vuestro servidor. El que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido».

FLUVIUM (www.fluvium.org)

Sencillez de hijos

Nos detendremos en algunas afirmaciones del Señor que nos recuerda la Iglesia, por la pluma de san Mateo, en este domingo. Convendrá, como suele ser nuestro criterio, que adoptemos esos pensamientos de Jesús como pautas a las que atenemos. De ordinario veremos con claridad que es sabiduría, verdad, rectitud, acierto incuestionable lo que procede de sus labios; pero si, en algún caso, no tuviéramos esa impresión, también asentiríamos, afirmando como el príncipe de los apóstoles: **Tú tienes palabras de vida eterna.**

En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y los fariseos. Hay puestos que deberían ser ocupados por personas ejemplares. Sucede hoy, en cambio, como en otros tiempos, que desde lugares de gran difusión e influencia se anima a conductas torcidas de acuerdo con la corrupción de la propia vida. Se anima públicamente al vicio, y se presenta así como normal, como si fuera lo más frecuente, lo razonable y, por lo tanto, la conducta lógica de la gente corriente.

Otras veces, es de sobra conocida como viciosa la conducta de los que mandan, y que muy poco tiene que ver con lo que aconsejan: **Haced y cumplid todo cuanto os digan; pero no obréis como ellos, pues dicen pero no hacen. Atan cargas pesadas e insoportables y las echan sobre los hombros de los demás, pero ellos ni con uno de sus dedos quieren moverlas.** En cualquier caso no debe ser para nosotros una disculpa el mal ejemplo de los demás, ni siquiera el de la mayoría; y tampoco, si son los que mandan, organizando la vida social, quiénes se comportan de modo indecente y llegan incluso a promover y hasta forzar una conducta injusta. En nuestro examen de conciencia, el modelo de referencia para nuestros actos queremos que sea la vida de Jesucristo. **Aprended de mí,** nos dice. Debemos imitar esa conducta generosa, que sólo busca el bien de los demás y es la propia de Jesús. El bien que busca Cristo será siempre lo que es mejor para los hombres.

Otros, en cambio, hoy como ayer: **Hacen todas sus obras para que les vean los hombres. Ensanchan sus filacterias y alargan sus franjas. Anhelan los primeros puestos en los banquetes, los primeros asientos en las sinagogas y que les saluden en las plazas, y que la gente les llame rabbí.** Así se comportan bastantes a nuestro alrededor: nosotros mismos, de vez en cuando. Nos olvidamos los humanos de que el gran espectador es Dios, Señor y Padre nuestro. Concédenos –le

pedimos— visión sobrenatural para contemplarte siempre a nuestro lado: por la mañana, por la tarde y por la noche; cuando trabajamos y en el descanso; si algo nos cuesta, pero es nuestra obligación hacerlo, lo mismo que si algo nos distrae o nos divierte, y considerar —en todo caso— que es voluntad de Dios el cumplimiento de nuestras obligaciones familiares, profesionales o sociales.

Podemos asegurar, sin temor a equivocarnos, que esa presencia de Dios junto a nosotros, siempre grata, que nos confirma la fe, es el principio, y punto de partida, de toda obra sobrenatural buena. *Es preciso convencerse de que Dios está junto a nosotros de continuo. —Vivimos como si el Señor estuviera allá lejos, donde brillan las estrellas, y no consideramos que también está siempre a nuestro lado.*

Y está como un Padre amoroso —a cada uno de nosotros nos quiere más que todas las madres del mundo pueden querer a sus hijos—, ayudándonos, inspirándonos, bendiciendo... y perdonando.

¡Cuántas veces hemos hecho desarrugar el ceño de nuestros padres diciéndoles, después de una travesura: ya no lo haré más! —Quizá aquel mismo día volvimos a caer de nuevo... Y nuestro padre, con fingida dureza en la voz, la cara seria, nos reprende..., a la par que se enternece su corazón, conocedor de nuestra flaqueza, pensando: pobre chico, ¡qué esfuerzos hace para portarse bien!

Preciso es que nos empapemos, que nos saturemos de que Padre y muy Padre nuestro es el Señor que está junto a nosotros y en los cielos.

Más de una vez me ha venido ya a la mente y el corazón el pensamiento la anterior de San Josemaría Escrivá, en estas consideraciones sencillas a propósito de los textos evangélicos. Nos conmueve pensar que *es preciso convencerse...* Posiblemente de pocas verdades estamos tan firmemente persuadidos los hijos de Dios en la Iglesia, como de la inefable omnipresencia divina y, de modo particular, en nuestro interior espiritual: siempre atento a nuestras peticiones, arrepentimientos, acciones de gracias, actos de adoración; en suma, atendiendo la oración de su criatura humana. Sin embargo, es preciso, una y otra vez, persuadirnos, como si esa fe indudable necesitara un permanente recuerdo por parte de la voluntad, porque no queremos vivir como si estuviéramos solos en el mundo, sin nuestro Padre Dios, que *está junto a nosotros de continuo.*

Es muy reconfortante, en verdad, conducir nuestra vida con ese convencimiento permanente: seguros de tener a Dios, Padre Nuestro, a nuestro lado. Más aún, **en Él vivimos, nos movemos y existimos**, afirma rotundo el Apóstol. Viene a ser la existencia humana, entonces, como un anticipo de la Eterna Bienaventuranza del Cielo. Y se desea con toda el alma amar a Dios, agradándole con la conducta cotidiana, deseando corresponder así a tanto amor de su parte.

Y casi sin querer se nos va el pensamiento a su Madre Santísima y Madre nuestra. Y, en confianza de hijos sencillos que le decimos: “enseñarnos a amar”.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

En la cátedra de Moisés

Cada página de las Escrituras que la liturgia nos hace escuchar en el curso del año, está dirigida indistintamente a todos los creyentes: al sacerdote que la proclama no menos que al pueblo que la escucha proclamar. Es una triste deformación —afortunadamente menos frecuente hoy que en el pasado aquella del sacerdote que blande la palabra de Dios como si fuese una espada, es decir,

algo que protege a quien la empuña y hiere a quien está frente a él. Es la deformación que se manifiesta, por ejemplo, en el uso abusivo del pronombre “ustedes” allí donde se necesitaría el “nosotros”: “cuidado ustedes, los pecadores”, antes que “cuidado nosotros, los pecadores”; “arrepíentanse de sus pecados”, antes que “arrepintámonos de nuestros pecados”,

Sobre este punto, una nueva sensibilidad invade a la Iglesia después del Concilio Vaticano II; nos damos cuenta mejor de cómo, frente a la palabra de Dios, somos todos “audiencia”, todos ovejas, todos “Iglesia escolar”.

Para profundizar esta sensibilidad, la liturgia, hoy, nos ha propuesto el pasaje del Evangelio que leímos. Para nosotros los sacerdotes contiene una invitación discreta pero firme a la autocrítica; una invitación que debemos acoger con sinceridad y humildad y traducir en examen de conciencia público ante ustedes, pueblo de Dios.

La palabra de Jesús contiene dos partes: una denuncia y una exhortación. Con un lenguaje tajante, la denuncia expone dos defectos: la incoherencia y la hipocresía. Incoherencia: “dicen y no hacen”; atan pesados fardos sobre los hombros de la gente, pero ellos no quieren ni siquiera tocarlos con un dedo. Hipocresía y ostentación: todas sus obras las hacen para ser admirados por los hombres; agrandan sus filacterias, quieren ser reverenciados, saludados.

Directamente, es cierto que Jesús denunciaba con estas palabras a los escribas y fariseos de su época. Pero la Iglesia, en el cuadro de la liturgia de hoy, muestra con claridad que aplica las palabras de Jesús a los jefes y pastores de la Nueva Alianza, transfiriendo la denuncia de Cristo a nosotros los sacerdotes y a nuestro modo de comportarnos frente a los fieles y con respecto a los fieles.

Incoherencia e hipocresía: ¿quién puede negar que hoy son la doble polilla que a menudo corroe la vida de los pastores, quitándole credibilidad a su testimonio? A veces, somos nosotros mismos quienes nos damos cuenta de ello con una agudeza de conciencia que nos deja humillados y asustados. Tratamos cosas santas, explicamos al pueblo las palabras sublimes de Jesús –aquellas sobre la misericordia y la bondad hacia el prójimo, por ejemplo– y, en el acto práctico, a menudo nos descubrimos rudos y hasta no compasivos. Hablamos de alejamiento, de libertad con respecto a las cosas, a los intereses, al dinero, y luego estamos obligados a admitir, al reflexionar sobre ciertos gestos nuestros, que estamos también nosotros, como los demás, mezclados con todas esas cosas. Incluso a veces más que los demás, quizás como compensación de una seguridad que hemos renunciado a buscar en la familia y en la descendencia. La comparación con la vida evangélica de algunos excelentes laicos, que todo sacerdote encuentra en su ministerio, hace más notoria esta constatación de incoherencia.

Pero –les aseguro– es una experiencia que hace tanto bien; es el Señor que descubre la llaga para curarla. Ella nos hace sentir tan humildes y conscientes de nuestra realidad; nos hace perder aquel falso sentido de seguridad que tanto molesta en quien proclama la palabra de Dios. Momento a momento, en efecto, a menudo justo mientras estamos predicando, nos induce a repetirnos: ¿y tú haces lo que les estás diciendo a los otros?

La segunda parte del discurso de Jesús contiene –decía– una exhortación. Está dirigida abiertamente a los apóstoles y a los discípulos de Jesús, es decir, a los pastores de su Iglesia, de los cuales nosotros somos los sucesores o los colaboradores. Dice: No se hagan llamar Rabbi, es decir, maestros: uno solo es el Maestro, todos ustedes son hermanos.

Con estas palabras, el Señor no desmiente por cierto su otra promesa: que en su Iglesia habrá, por su voluntad, maestros y discípulos, según una distribución de ministerios y carismas que debe estar al servicio de su cuerpo. Él mismo dijo a los apóstoles: *El que los escucha a ustedes, me*

escucha a mi (Lc. 10, 16); más todavía: *Les aseguro que todo lo que ustedes aten en la tierra, quedará atado en el cielo, y lo que desaten en la tierra, quedará desatado en el cielo* (Mt. 18. 18); y también: *Hagan que todos los pueblos sean mis discípulos* (Mt. 28. 19). Lo que Jesús desea impedir es que en los maestros se cree la presunción o el “complejo del maestro”; que se alejen del pueblo, erigiendo entre ellos y los otros –como hacían los fariseos y los escribas– un muro de superioridad y de distanciamiento.

El maestro evangélico –justamente en calidad de tal, es decir, evangélico– debe ser, antes que nada, maestro de humildad. A diferencia de todos los otros maestros, debe tener conciencia de que tanto más y tanto mejor será maestro, cuanto menos enseñe por cuenta suya y cuanto más se sienta intérprete del único Maestro: “No hay discípulo mayor que su maestro...”. ¡Y él sabe que es fundamentalmente discípulo! Entre nosotros los cristianos, uno solo es el Maestro y nosotros – sacerdotes y laicos– somos todos escolares.

Éstas son las consideraciones que el Evangelio de hoy nos sugiere a los sacerdotes. Hay –es verdad– una parte de él, breve pero importante, que se refiere directamente a ustedes: *Hagan y cumplan todo lo que ellos les digan*. Es decir: aun cuando los pastores sean incoherentes e indignos, no por eso ustedes están dispensados de escuchar su palabra, aunque en este caso resulte más difícil... *pero no se guíen por sus obras*. En efecto, lo que dicen no es de ellos, sino de Dios o de la Iglesia, mientras que lo que hacen viene sólo de ellos y queda sujeto a su responsabilidad.

Sin embargo, prefiero no insistir en esta parte del Evangelio de hoy para no dirigir una vez más hacia ustedes la espada de la palabra de Dios, que hoy está dirigida saludablemente hacia nosotros.

Sólo recen por los sacerdotes. Hagan suyos, si es posible, los sentimientos delicadísimos que san Francisco expresó hacia los sacerdotes en su Testamento: “Si tuviera tanta sabiduría como Salomón y encontrase a sacerdotes pobre citas de este mundo en las parroquias en las cuales habitan, no quiero predicar contra su voluntad...Y no quiero considerar el pecado en ellos, porque allí veo al Hijo de Dios... Debemos honrar y venerar a todos los teólogos y a quienes que tienen el ministerio de las santísimas palabras divinas, como a aquellos que nos administran el espíritu y la vida”.

Recen –decía– por los sacerdotes, para que el Señor sostenga y fortifique la debilidad de nuestra carne –que es idéntica a la debilidad de la carne de todos los otros hombres– y nos ayude a ser anunciadores humildes y coherentes de su palabra.

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

Las lecturas que acabamos de escuchar son una enérgica llamada a que no exista en nosotros un divorcio entre la fe y la vida, el decir y el hacer. En una palabra: a la sinceridad. Jesús sufrió a lo largo de su vida pública el acoso constante de Tartufo y sus secuaces: la hipocresía, el hablar sibilino, la máscara de ejemplaridad que oculta un interior de abusos y turbios manejos. Un día se enfrentó con este moscardón pegajoso que intentaba desacreditarlo ante el pueblo y estorbaba su actuar noble y limpio con una larga diatriba que recoge en parte el Evangelio de hoy.

En ese discurso acusa a sus enemigos de falsos porque “no hacen lo que dicen”. Les llama tiranos que gravan las conciencias con cargas pesadas e insoportables “pero ellos no están dispuestos

a mover un dedo para empujar”. Les acusa de vanidosos e histriones porque “todo lo que hacen es para que los vea la gente”. Ese discurso, largo y terrible, se cierra con estas palabras: “Serpientes, raza de víboras, ¿cómo podréis escapar a la condena del infierno?” Parece como si para el Señor sólo hubiera un pecado imperdonable: la hipocresía y la mentira como *modus vivendi*. Tanto, que fariseo ha venido a ser sinónimo de hipócrita.

Pero hay un peligro en la sinceridad y es: entenderla mal, confundiéndola con un vivir al dictado de los instintos, del capricho, del estado de ánimo, creyendo que sujetarse a la Ley de Dios va contra la espontaneidad del amor. Este discurso que meditamos, se abre con unas palabras que disipan este error. “En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y fariseos: haced y cumplid lo que os digan”. Si Jesús no hubiese reconocido la legitimidad de los doctores de Israel y su enseñanza, nunca habría dicho esto. Como se ve, la sinceridad y la espontaneidad no están reñidas con la obediencia a la Ley de Dios.

Hemos de ponernos en guardia contra esa seudo-sinceridad que en nombre de la liberación de *complejos y tabúes* considera represiva toda norma. “Enfrentémonos con la realidad: el que no tiene ninguna moral y liquida como *tabúes* todos los principios éticos, hablando con desparpajo y descoco de todas sus fechorías no es un hombre sincero, sino simplemente un primitivo. El que encontrando a un amigo que ha perdido a su padre recientemente le dice sin ambages *no lo siento lo más mínimo, porque tu padre era un pobre hombre y además un antipático*, no es sincero, aunque *sienta* lo que profiere, sino un salvaje y un mal amigo; y el católico que declara no ir a Misa los domingos porque *no lo siente*, no es sincero, sino un sentimental egocéntrico que no tiene la menor idea de lo que son las relaciones del cristiano con Dios” (J. B. Torelló, *Psicología abierta*).

Sinceridad es andar en verdad, moverse en la órbita de la verdad, que es Dios. Un Dios que nos quiere humildes, esto es: realistas, conocedores de nuestra personal debilidad y que, en consecuencia, no se extrañan de ella ni la ocultan con el disfraz de la hipocresía sino que la confiesan con sencillez. Quien se conduce así, con veracidad, “será enaltecido”, dice Jesús en el Evangelio de hoy.

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

«En la Iglesia ante todo, la fraternidad»

I. LA PALABRA DE DIOS

Ml 1,14b-2.2b.8-10: «Os apartasteis del camino y habéis hecho tropezar a muchos en la ley»

Sal 130,1.2.3.: «Guarda mi alma en la paz, junto a ti, Señor»

1Ts 2,7b-9.13: «Deseábamos no sólo entregaros el Evangelio de Dios, sino hasta nuestras propias personas»

Mt 23,1-12: «No hacen lo que dicen»

II. APUNTE BÍBLICO-LITÚRGICO

La tercera consigna para la Iglesia (cf. los dos Domingos anteriores) es la fraternidad y el servicio, contrapuestos a la incoherencia y la vanidad de los que mandan (cf. 1ª Lect.). A los elegidos para establecer la Iglesia, Jesús dice que no alardeen de sus puestos, porque «uno solo es vuestro maestro y todos vosotros sois hermanos... el primero entre vosotros será vuestro servidor».

En nuestro tiempo, como en los primeros, tiene también lugar la tentación correlativa: la ambición de los primeros puestos, por parte de los que no los detentan (cf. Mt 20,24-28).

Por fin, la crítica a los títulos de «maestro... padre... jefes» no se entiende literalmente, pues el mismo NT utiliza esos términos.

III. SITUACIÓN HUMANA

La sencillez, la fraternidad, el servicio... son virtudes subrayadas en nuestro tiempo. Proporcionan paz en este mundo tan competitivo. Bella oración la del salmo responsorial: «Guarda mi alma en la paz, junto a ti, Señor,... no pretendo grandezas...»

IV. LA FE DE LA IGLESIA

La fe

– «... Nadie se puede dar a sí mismo el mandato ni la misión de anunciar el Evangelio... Eso supone ministros de la gracia, autorizados y habilitados por parte de Cristo» (875).

– Para una mayor profundización en la constitución jerárquica de la Iglesia: 874-879. 1536. 1546-1571.

La respuesta

– Por parte de la jerarquía, fidelidad al ministerio: «Ante la grandeza de la gracia y del oficio sacerdotales, los santos doctores sintieron la urgente llamada a la conversión con el fin de corresponder... a aquel de quien el sacramento los constituye ministros...» (1589). Y actitud de servicio: «El carácter de servicio del ministerio eclesial está intrínsecamente ligado a la naturaleza sacramental... dependiente de Cristo que da misión y autoridad, los ministros son verdaderamente esclavos de Cristo... [y] esclavos de todos» (876).

– Para el desarrollo del ministerio: 888-896.

– Por parte de los fieles: No encerrarse en sí oponiendo «la conciencia personal y la razón a la ley moral o al Magisterio de la Iglesia. Así puede desarrollarse entre los cristianos un verdadero espíritu filial con respecto a la Iglesia. Es el desarrollo normal de la gracia bautismal que nos engendró en el seno de la Iglesia y nos hizo miembros del Cuerpo de Cristo» (2039-2040).

– Sobre la personalidad cristiana de los laicos: 783-786. 871-873. 897-913.

El testimonio cristiano

– Los laicos «tienen el derecho, y a veces incluso el deber, en razón de su propio conocimiento, competencia y prestigio, de manifestar a los pastores sagrados su opinión sobre aquello que pertenece al bien de la Iglesia y de manifestarla a los demás fieles, salvando siempre la integridad de la fe... la reverencia hacia los pastores...(CIC can. 212, 3)» (907).

A la jerarquía se le pide fidelidad y actitud de servicio fraternal en el cumplimiento de su misión. A los fieles se les pide espíritu de comunión eclesial.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

Uno solo es vuestro Padre.

– Paternidad de Dios.

I. Habla Jesús a las multitudes y a sus discípulos de la vanidad y deseos de gloria de los fariseos, que *hacen sus obras para ser vistos de los hombres y apetecen los primeros puestos en los banquetes, los primeros asientos en las sinagogas, y los saludos en las plazas y que la gente les llame rabí*. Pero sólo hay un Maestro y un Doctor, Cristo. Y un solo Padre, *el celestial*³. De Cristo nace toda sabiduría; sólo Él es “el Maestro que salva, santifica y guía, que está vivo, que habla, que exige, que conmueve, que endereza, juzga, perdona, camina diariamente con nosotros en la historia; el Maestro que viene y que vendrá en la gloria”⁴. La enseñanza de la Iglesia es la de Cristo, los maestros lo son en la medida en que son imagen del Maestro.

De manera semejante decimos que existe un solo Padre, *el celestial*, del que se deriva toda paternidad en el cielo y en la tierra: *ex quo omnis paternitas in caelis et in terra nominatur*⁵. Dios tiene la plenitud de la paternidad, y de ella participaron nuestros padres al darnos la vida, y también han participado los que de alguna manera nos han engendrado a la vida de la fe. San Pablo escribe a los primeros cristianos de Corinto *como a hijos queridísimos. Pues –les dice– aunque tengáis diez mil pedagogos en Cristo, no tenéis muchos padres, porque yo os engendré en Cristo Jesús por medio del Evangelio. Por consiguiente, os suplico: sed imitadores míos*⁶. Y aquellos primeros cristianos eran conscientes de que, al emular a San Pablo, se convertían en imitadores de Cristo. En el Apóstol veían reflejado el espíritu del Maestro y el cuidado amoroso de Dios sobre ellos.

“De ahí que la palabra “Padre” pueda emplearse en un sentido real no sólo para designar la paternidad física, sino también la espiritual. Al Romano Pontífice se le llama con toda propiedad, “Padre común de todos los cristianos”⁷. Cuando honramos a nuestros padres, que nos dieron la vida, y a quienes nos engendraron en la fe, damos mucha gloria a Dios, pues en ellos se refleja la paternidad divina. Una manera de ser buenos hijos de Dios es, precisamente, vivir bien la filiación con aquellos que Dios mismo constituyó “padres” en la tierra.

– La participación en la paternidad divina.

II. San Pablo escribe a los primeros cristianos de Galacia con tonos de padre y de madre, al tener noticia de las dificultades que padecen en su fe y al experimentar la impotencia de no poder atenderles personalmente por encontrarse geográficamente lejos: *Hijos míos –les dice–, por quienes sufro otra vez dolores de parto, hasta que Cristo esté formado en vosotros*⁸, como un niño se forma en el seno materno. Sentía sobre sí el Apóstol el desvelo de un padre ante los hijos necesitados. En la Iglesia son considerados padres quienes nos engendran en la fe mediante la predicación y el Bautismo⁹. De esa paternidad espiritual participamos los cristianos sobre aquellos a quienes hemos ayudado –a veces también con dolor y fatiga– a encontrar a Cristo en su vida. La paternidad es más plena cuanto mayor es la entrega a esta tarea. Así manifiesta Dios su paternidad en los cristianos, “como un maestro que no sólo enseña a sus discípulos, sino que los hace además capaces de enseñar a otros”¹⁰. Esta paternidad espiritual es una porción importante del premio que Dios da en esta vida a quienes le siguen, por vocación divina, en una entrega plena. “Él es generoso... Da el ciento por uno:

³ Mt 23, 1-12.

⁴ B. JUAN PABLO II, Exhort. Apost. *Catechesi tradendae*, 16-X-1979, 9.

⁵ Ef 3, 15.

⁶ 1 Cor 4, 14-16.

⁷ SAGRADA BIBLIA, *Epístolas de la cautividad*, EUNSA, Pamplona 1986, nota a Ef 3, 15.

⁸ Gal 4, 19.

⁹ Cfr. *CATECISMO ROMANO*, III, 5, 8.

¹⁰ SANTO TOMAS, *Suma Teológica*, 1, q. 103, a. 6.

y esto es verdad hasta en los hijos. –Muchos se privan de ellos por su gloria, y tienen miles de hijos de su espíritu. –Hijos, como nosotros lo somos del Padre nuestro, que está en los cielos”¹¹.

La Virgen Santa María ejerce su maternidad sobre los cristianos y sobre todos los hombres¹². De Ella aprendemos a tener un alma grande para aquellos que continuamente tratamos de llevar a su Hijo, y que en cierto modo hemos engendrado en la fe. Recordemos que el amor “indica también esa cordial *ternura y sensibilidad*, de que tan elocuentemente nos habla la parábola del hijo pródigo (cfr. Lc 15, 11-32) o la de la oveja extraviada o la de la dracma perdida (cfr. Lc 15, 1-10). Por tanto, el amor misericordioso es sumamente indispensable entre aquellos que están más cercanos: entre los esposos, entre padre e hijos, entre amigos; es también indispensable en la educación y en la pastoral”¹³. San Ambrosio¹⁴ hace “unas consideraciones que a primera vista resultan atrevidas, pero que tienen un sentido espiritual claro para la vida del cristiano. *Según la carne, una sola es la Madre de Cristo; según la fe, Cristo es fruto de todos nosotros.*

“Si nos identificamos con María, si imitamos sus virtudes, podremos lograr que Cristo nazca, por la gracia, en el alma de muchos que se identificarán con Él por la acción del Espíritu Santo. Si imitamos a María, de alguna manera participaremos en su maternidad espiritual. En silencio, como Nuestra Señora; sin que se note, casi sin palabras, con el testimonio íntegro y coherente de una conducta cristiana, con la generosidad de repetir sin cesar un fiat que se renueva como algo íntimo entre nosotros y Dios”¹⁵.

– Apostolado y paternidad del espíritu.

III. San Pablo, identificado con Cristo, hizo suyas las palabras del Señor: *Yo soy el Buen Pastor. El buen pastor da la vida por sus ovejas*¹⁶. Por eso escribe sobre su *solicitud por todas las iglesias*¹⁷, por todos los convertidos a la fe a través de su predicación. Mantenerlos en el camino y ayudarles a progresar en él era una de sus mayores preocupaciones y, en ocasiones, uno de sus mayores sufrimientos. *¿Quién desfallece sin que yo desfallezca? ¿Quién tiene un tropiezo sin que yo me abraza de dolor?*¹⁸. El Apóstol ha quedado como modelo siempre actual para todos los pastores de la Iglesia en su solicitud por las almas que Dios les ha confiado, y también para todos los cristianos en su apostolado constante, que “deben cuidar como padres en Cristo a los fieles que han engendrado por el bautismo y por la doctrina”¹⁹.

El amor por quienes hemos acercado a Dios no es una simple amistad, “sino el amor de caridad, el mismo amor con el que les ama el Hijo encarnado. Es por esto, y sólo por esto, por lo que el Hijo nos lo ha dado a cada uno de nosotros, para que podamos darlo a los demás (...). El amor hacia nuestros hermanos genera en nosotros el mismo deseo que genera el del Hijo: el de su santificación y salvación”²⁰. Esto nos lleva a quererles más y a estar pendientes de aquello que puede facilitarles su santidad: la ejemplaridad, la corrección fraterna cuando sea oportuno, la palabra amable que anima, la alegría, el optimismo, el consejo que orienta ante las dificultades... Y siempre

¹¹ J. ESCRIVA DE BALAGUER, *Camino*, n. 779.

¹² CONC. VAT. II, Const. *Lumen gentium*, 61.

¹³ JUAN PABLO II, Enc. *Dives in misericordia*, 30-XI-1980, 14.

¹⁴ SAN AMBROSIO, *Comentarios al Evangelio de San Lucas*, 2, 26.

¹⁵ J. ESCRIVA DE BALAGUER, *Amigos de Dios*, 281.

¹⁶ *Jn* 10, 11.

¹⁷ *2 Cor* 11, 28.

¹⁸ *Ibidem*, 29.

¹⁹ CONC. VAT. II, *loc. cit.*, 28.

²⁰ B. PERQUIN, *Abba, Padre*, Rialp, Madrid 1986, p. 328.

deberán contar con las ayudas más eficaces que les podemos prestar: la oración y la mortificación diaria.

El cuidado de aquellos sobre los que, por circunstancias tan diversas de la vida, ha querido Dios que ejerzamos esa paternidad espiritual nos hará entender el desvelo que nuestro Padre Dios tiene sobre cada uno de nosotros. En muchas ocasiones será, además, un buen motivo para mantener firme nuestra propia fidelidad al Señor y un estímulo para procurar “ir delante” en el camino de la santidad, como el buen pastor.

Rev. D. Joan Carles MONTSERRAT i Pulido (Barcelona) (www.evangelii.net)

«El que se ensalce, será humillado; y el que se humille, será ensalzado»

Hoy, el Señor nos hace un retrato de los notables de Israel (fariseos, maestros de la Ley...). Éstos viven en una situación superficial, no son más que apariencia: «Todas sus obras las hacen para ser vistos por los hombres» (Mt 23,5). Y, además, cayendo en la incoherencia, «porque dicen y no hacen» (Mt 23,3), se hacen esclavos de su propio engaño al buscar sólo la aprobación o la admiración de los hombres. De esto depende su consistencia. Por sí mismos no son más que patética vanidad, orgullo absurdo, vaciedad... necesidad.

Desde los inicios de la humanidad continúa siendo la tentación más frecuente; la antigua serpiente continúa susurrándonos al oído: «El día en que comiereis de él [el fruto del árbol que está en medio del jardín], se os abrirán los ojos y seréis como dioses, concededores del bien y del mal» (Gn 3,5). Y continuamos cayendo en ello, nos hacemos llamar: “rabí”, “padre” y “guías”... y tantos otros ampulosos calificativos. Demasiadas veces queremos ocupar el lugar que no nos corresponde. Es la actitud farisaica.

Los discípulos de Jesús no han de ser así, más bien al contrario: «El mayor entre vosotros será vuestro servidor» (Mt 23,11). Y como que tenemos un único Padre, todos ellos son hermanos. Como siempre, el Evangelio nos deja claro que no podemos desvincular la dimensión vertical (Padre) y la horizontal (nuestro) o, como explicitaba el domingo pasado, «amarás al Señor, tu Dios (...). Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Mt 22,37.39).

Toda la liturgia de la Palabra de este domingo está impregnada por la ternura y la exigencia de la filiación y de la fraternidad. Fácilmente resuenan en nuestro corazón aquellas palabras de san Juan: «Si alguno dice: ‘Amo a Dios’, y aborrece a su hermano, es un mentiroso» (1Jn 4,20). La nueva evangelización —cada vez más urgente— nos pide fidelidad, confianza y sinceridad con la vocación que hemos recibido en el bautismo. Si lo hacemos se nos iluminará «el camino de la vida: hartura de goces, delante de tu rostro, a tu derecha, delicias para siempre» (Sal 16,11).